

A aquella noticia los conjurados, temiendo que, si César no celebraba la asamblea aquel día, llegase á divulgarse el complot, decidieron que uno de ellos fuese á buscarlo é hiciese toda clase de esfuerzos para llevarlo al Senado.

Pero, ¿quién iría?

La eleccion recayó en Décimo Bruto, á quien se daba el sobrenombre de Albino.

La traicion por parte de aquel hombre era tanto mayor, cuanto que despues de Marco Bruto era el mas querido de César, el cual lo habia instituido su segundo heredero.

Halló á César de tal modo afectado por los terrores de su mujer, á los cuales habian ido á dar cierta consistencia los relatos de los adivinos, que, como hemos visto, habia resuelto no salir aquel día.

Albino se burló de los adivinos, y dirigió algunas bromas á Calpurnia; despues, tomando un aire mas serio y volviéndose hácia el dictador:

—César, le dijo, recuerda una cosa, y es que los senadores solo se han reunido merced á tu convocatoria; que están dispuestos á declararte rey de todas las provincias situadas fuera de Italia, y á autorizarte á usar ese título cuando recorras las otras tierras y los otros mares. Ahora, si alguno va á decir á los senadores, que te esperan en sus asientos, que se retiren hoy para reunirse otro día,—esto es, cuando Calpurnia tenga mejores sueños,—¿qué cosas no dirán los que te envidian y quién prestará oídos á tus amigos cuando aquellos sostengan que en Roma no hay mas que completa servidumbre por una parte y absoluta tiranía por otra? En fin, si quieres considerar absolutamente el día de hoy como desgraciado, ven al Senado y dile de viva voz que aplazas la sesion para otro día.

Pronunciando aquellas palabras, Albino le cogió una mano y lo llevó hácia la puerta.

César hizo una señal de despedida á Calpurnia y salió.

Pero apenas se halló en la calle cuando un esclavo trató de acercarse á él. César, como siempre, se hallaba rodeado de una turba de clientes que soliciaban favores.—El esclavo fué rechazado y no pudo

jurados, sabiendo que habia á su alrededor porcion de senadores que no estaban en el secreto; pero, sonriéndose á Casio, lo tranquilizó, y casi en seguida Loenas, habiendo besado la mano á César, se despidió de él comprendiendo al punto todos que solo habian tratado de asuntos personales.

César, entonces, subió las gradas del pórtico y se halló en el recinto en que se verificaba aquel dia la asamblea.

Así que entró allí se dirigió al asiento que se le habia preparado.

En aquel momento, segun estaba convenido, llevó Trebonio á Antonio fuera de la sala, á fin de privar á César de su auxilio, caso de tener lugar alguna lucha, y allí lo entretuvo hablándole de un asunto que sabia que le interesaba.

Durante aquel tiempo, aunque de la secta de Epicúreo, esto es, no creyendo en otra vida, Casio,—cosa estraña,—fijaba sus ojos en la estatua de Pompeyo, como invocándolo para el buen éxito de la empresa.

Entonces se acercó Tulio Címber.—Era cosa convenida tambien.—Címber debia pedir á César la vuelta de su hermano, que estaba desterrado. En seguida empezó su arenga.

Al momento todos los conjurados se acercaron á

César, como si se interesasen por el desterrado y quisiesen unir sus ruegos á los del suplicante.

César se negó á acceder. Aquello fué una ocasion para estrecharlo mas, estendiendo todos las manos hácia él.

César, desoyendo sus instancias, les dijo:

—¿A qué importunarme tanto por ese hombre? He decidido que no volverá á Roma.

Y se sentó, tratando de separar de sí á aquella turba que lo ahogaba.

Apenas se hubo sentado, le cogió Tulio la toga con las dos manos, y con aquel movimiento le descubrió los hombros.

—Eso es ya una violencia! esclamó César.

Aquella era la señal del ataque. Casca, que estaba colocado detras de él, sacó su puñal y le hirió el primero.

Pero como César, impaciente, habia hecho un movimiento para levantarse, el puñal se deslizó por el hombro, causando una herida poco profunda.

César, sin embargo, sintió el golpe.

—Ah! miserable Casca! esclamó, ¿qué haces?

Y cogiendo el arma de su enemigo con una mano, le asestó con la otra un golpe con el punzon que usaba para escribir en sus tablillas.

Al mismo tiempo que César gritaba aquellas pa-

labras en latin, Casca, herido, esclamaba por su parte en griego:

—A mí, hermano mio!

Entonces tuvo lugar un gran movimiento: los que no eran del complot se echaron hácia atras, estremeciéndose, no osando defender á César, ni huir, ni aun pronunciar una palabra. Aquel momento de escitacion fué rápido como el pensamiento, pues todos los conjurados sacaron sus espadas y rodearon á César de tal modo, que de cualquier lado que se volvia solo veia ó sentia las puntas de los aceros. Pero él, sin soltar el puñal de Casca, se debatía entre todas aquellas manos armadas, cada una de las cuales queria tener su parte en el asesinato, y probar, por decirlo así, su sangre, cuando de repente reconoció á Bruto en medio de sus matadores, y sintió que el que él llamaba su hijo le asestaba un golpe en la ingle.

Entonces soltó el arma de Casca, y sin mas queja que estas palabras: *Tu quoque, mi fili*, (¡tú tambien, hijo mio!) sin tratar de seguir defendiéndose, se cubrió la cabeza con la toga y abandonó el cuerpo á las espadas y los puñales.

Sin embargo, permanecia en pié y sus asesinos continuaban atacándolo con tal rabia, que varios se hirieron á sí mismos,—uno de ellos Bruto, que se

abrió una mano,—y todos los demas se cubrieron de sangre.

Al fin, ya fuese por casualidad ó ya porque los conjurados lo empujasen hácia aquel lado, fué á caer al pié de la estatua de Pompeyo, cuyo pedestal ensangrentó.

“De medo, dice Plutarco, que Pompeyo parecia presidir al castigo de su enemigo, tendido á sus piés y palpitante bajo el número de sus veintitres heridas.”

Muerto César, y tendido á los piés de la estatua de Pompeyo, Bruto avanzó por medio del Senado para esplicar y glorificar la accion que acababa de ejecutar. Pero los senadores, llenos de espanto, se precipitaron por todas las puertas, sembrando la confusion y el terror en el pueblo, al gritar unos: *Asesinan á César*, y otros: *César ha muerto*, segun habian salido cuando César se hallaba aún en pié, ó cuando ya habia caído.

Entoncés tuvo lugar en las calles un tumulto casi tan grande como el que momentos antes habia ocurrido en el Senado: unos cerraban las puertas y otros dejaban los almacenes abiertos ó los escritorios abandonados, precipitándose todos hácia el pórtico de Pompeyo.

Por su parte Antonio y Lépido, los dos mayores amigos de César, se ponian en salvo huyendo.

Los conjurados, al contrario, reunidos en un grupo, con las espadas y los puñales desnudos y ensangrentados, salieron del Senado y subieron al Capitolio, no como personas que huyen, sino como hombres radiantes y llenos de confianza, llamando al pueblo á la libertad y tratando de atraerse las personas de distincion que hallaban al paso.

En el primer momento, algunos de esos hombres que siempre están prontos á tomar partido por los vencedores y á exaltar su triunfo, se unieron á los asesinos para hacer creer que habian auxiliado la conjuracion y atribuirse una parte de su gloria. De ese número fueron Cayo Octavius y Léntulo Spinter, y mas tarde fueron ambos castigados por su farronada como si hubiesen sido asesinos verdaderos, condenándolos á muerte Antonio y Octavio, no como á tales asesinos de César, sino por haberse jactado de serlo.

Durante aquel tiempo, el cadáver permanecia tendido en un charco de sangre. Todos iban á verlo, pero nadie osaba tocarlo. Al fin, tres esclavos lo levantaron y lo llevaron á su casa en una litera, de la cual iba colgando un brazo.

Calpurnia tenia ya noticia de su desgracia, y recibió el cadáver en el dintel de la puerta.

En seguida mandó á llamar al médico Antisto.

César estaba enteramente muerto; sin embargo, de las veintitres heridas que tenia, solo una, en el pecho, era mortal.—Dícese que fué la segunda que recibió.

Los conjurados habian resuelto al principio, que una vez muerto César se arrastraria su cadáver por las calles y despues se arrojaría al Tíber, confiscando en seguida todos sus bienes y declarando nulos todos sus actos; pero el temor que habian tenido de que Antonio, cónsul, y Lépido, comandante de la caballería, que habian desaparecido durante el asesinato, volviesen á aparecer al frente de los soldados y del pueblo, habia hecho que no hubiesen verificado nada de lo concertado sobre el particular.

Al dia siguiente, Bruto, Casio y los demas conjurados se presentaron en el Forum y hablaron al pueblo; pero sus discursos empezaron y terminaron sin que los espectadores diesen señal alguna de aprobacion ó desaprobacion. De aquel silencio se desprendia una doble verdad: que el pueblo honraba á Bruto, pero que sentia la muerte de César.

Durante aquel tiempo, el Senado se reunia en el Templo de la Tierra, y allí Antonio, Planco y Ciceron proponian una amnistía general, invitando á todo el mundo á la concordia. No solo se acordó que se daria completa seguridad á los conjurados, sino

que el Senado espediria un decreto respecto á los honores que se les habrian de conceder.

Tomada aquella determinacion, el Senado se separó y Antonio envió su hijo al Capitolio para servir de rehen á los conjurados, que se habian retirado allí como para ponerse bajo la salvaguardia de la fortuna de Roma.

Quando todo el mundo estuvo reunido, se juró de nuevo la paz: todos se abrazaron, y Casio fué á cenar á casa de Antonio y Bruto á la de Lépido. Los demas conjurados fueron á hacer lo mismo, unos á casa de amigos y otros á la de simples conocidos.

Visto lo cual, todos creian terminado sabiamente el asunto y la república invariablemente restablecida.

Pero habian contado sin el pueblo.

Al dia siguiente, al amanecer, el Senado se reunió de nuevo y dió gracias á Antonio en los términos mas honrosos por haber ahogado los primeros gérmenes de una guerra civil. Luego colmó á Bruto de elogios. Despues, en fin, se distribuyeron las provincias: á Bruto le tocó la isla de Creta, á Casio el Africa, á Trebonio el Asia, á Címber la Bitinia y á Bruto Albino la Galia Circumpadana.

Entre tanto se empezaba á decir en voz baja que existia un testamento de César, hecho en el mes de Setiembre último en una finca de campo llamada Lavicanum, y el cual, despues de sellado, habia sido

entregado por César mismo á la primera de las vestales.

Dicho testamento instituía por sus herederos á tres sobrinos segundos. El primero era Octavio, al cual legaba las tres cuartas partes de sus bienes; los otros dos eran Lucio Penario y Quinto Pedio, á cada uno de los cuales señalaba un octavo. Además, adoptaba á Octavio dándole su nombre. Declaraba á varios de sus amigos,—y casi todos fueron sus asesinos,—tutores de sus hijos, en el caso de que llegara á tenerlos. Colocaba á Décimo Bruto,—el que habia ido á buscarlo á su casa,—en la segunda clase de sus legatarios, y dejaba al pueblo romano sus jardines del Tíber, con trescientos sestercios para cada ciudadano.

Esas noticias corrían por el pueblo causando en él cierta agitacion.

Habia además otra causa de temor, y era la celebracion de los funerales. Desde el momento que el cadáver no habia sido arrojado al Tíber era preciso que se le hicieran exequias. Se habia pensado al principio hacerlas en secreto, pero luego se habia temido irritar al pueblo. Casio era de opinion de no verificarlas públicamente, aun corriendo ese riesgo; pero Antonio suplicó tanto á Bruto sobre el particular, que Bruto cedió.

Era la segunda falta que cometía. La primera habia sido perdonar la vida á Antonio.

Este empezó por leer el testamento de César delante de su misma casa. Todo lo que se habia dicho antes respecto á aquel documento en el Forum y en las calles y en las plazas de Roma, salió verdad. Así, pues, cuando el pueblo vió que César le dejaba sus jardines, con mas trescientos sestercios para cada ciudadano, rompió en lágrimas y gritos, manifestando gran afecto á César y el mas vivo pesar por su muerte.

Antonio escogió aquel momento para trasportar el cuerpo de la casa mortuoria al campo de Marte.

Se le habia elevado una pira cerca de la tumba de su hija Julia y una capilla dorada, por el modelo del templo de Vénus Genitrix, en frente de la tribuna de las arengas: en aquella capilla se habia dispuesto un lecho de marfil, cubierto con una tela de oro y púrpura y coronado con un trofeo de armas, entre las cuales se veía la toga que tenia puesta cuando fué muerto; despues, en fin, como se habia pensado que el dia entero no seria suficiente para los que llevarian presentes para la pira si se observaba el ceremonial de una marcha fúnebre, se declaró que cada uno iria sin órden y por el camino que mejor le pareciese.

Además, desde por la mañana se daba al pueblo

el espectáculo de juegos funerarios, y en dichos espectáculos, arreglados por Antonio, se cantaban trozos á propósito para escitar la piedad y la indignación, entre otros el monólogo de Ajax en una pieza de Pacuvio en que se hallaba el siguiente verso:

¿Los había yo salvado para que me perdiesen?

#### XLIV

El cortejo se puso en marcha en medio de ese principio de conmoción.

Nosotros, que hemos visto tantos días tempestuosos en que se han debatido los destinos de un pueblo ó de un reino, recordamos que hay horas predestinadas y fatales, en las cuales paso algo en el aire, que anuncia el motín y la revolución.

Aquel día no tenía Roma su aspecto ordinario. Se habían suspendido símbolos de luto en los templos situados en la carrera que debía seguir el cortejo, coronándose las estatuas con ramas funerarias. Circulaban por entre el concurso hombres siniestros y amenazadores: hay fisonomías que parecen estar colocadas bajo la guardia del Terror y que solo salen á las calles cuando este las recorre desmelenado.

A la hora convenida levantaron el cadáver. Varios magistrados, unos que estaban todavía en funciones y otros que habían concluido su tiempo, llevaron el lecho de parada al Forum.

Allí se debía hacer alto, y al efecto se colocó el cuerpo en un estrado separado.

Cuando decimos el cuerpo, cometemos un error; el cuerpo iba encerrado en una especie de féretro y reemplazado por una efigie de cera hecha á semejanza de César, y la cual debía haber sido modelada al natural pocos instantes despues de la muerte. Aquella efigie tenia el lívido tinte de un cadáver y ofrecia la representacion de las veintitres heridas por donde habia salido aquella alma misericordiosa que se defendia contra Casca, pero que se sometió á los decretos del Destino, cuando este le presentó dichos decretos por mano de Bruto.

El estrado, preparado de antemano, estaba coronado por un trofeo recordando las diversas victorias del dictador. Antonio subió al estrado, leyó de nuevo el testamento de César, luego el decreto del Senado que le conferia los honores públicos y privados, y, por fin, el juramento de los senadores de serle adictos hasta la muerte.

Llegado allí, viendo que el pueblo habia llegado al grado de exaltacion que él deseaba, empezó el elogio fúnebre de César.

Nadie ha conservado ese elogio.

Pero nos engañamos: se halla en Shekspeare. Shakspeare lo ha reconstruido con auxilio de Plutarco, ó ha vuelto á hallarlo completo en su genio.

Aquel discurso, preparado con un arte admirable, adornado con todas las flores de la elocuencia asiática, produjo una impresion profunda que se manifestó en lágrimas y sollozos, los cuales se cambiaron en gritos de dolor y en amenazas é imprecaciones cuando Antonio, cojiendo la toga de César, agitó aquella prenda ensangrentada y desgarrada por los puñales de los asesinos.

Entonces tuvo lugar un gran tumulto; unos querian quemar el cuerpo en el santuario de Júpiter y otros en la Curia misma en que habia sido asesinado. En medio de aquella confusion avanzaron dos hombres armados de espadas, llevando cada uno en la mano izquierda dos javalinas y en la derecha una antorecha, y prendieron fuego al estrado.

El fuego subió en seguida, con tanta mas rapidez cuanto que todos se apresuraron á llevar allí leña seca, y el pueblo, con esa rabia de destruccion que se apodera de él en ciertas horas nefastas, se puso á arrancar los bancos de los tabeliones, las sillas de los jueces, y las puertas y las ventanas de los almacenes y escritorios, y á arrojar todas aquellas mate-

rias combustibles en la inmensa hoguera, como había hecho el día de los funerales de Clodio.

Y no fué eso todo: los tañedores de flauta y los histriones que allí se hallaban, arrojaron á las llamas los trages triunfales con que estaban vestidos para la ceremonia; los veteranos y los legionarios, las armas con que se habian adornado para los funerales de su general; las mujeres sus prendas y sus alhajas y hasta las bolas de oro de sus hijos.

Precisamente en aquel instante tuvo lugar uno de esos acontecimientos terribles que parecen destinados á hacer rebosar la copa de embriaguez y cólera que las grandes emociones ponen en manos del pueblo.

Un poeta llamado Helvio Cinna, que no habia tenido parte alguna en la conjuración, y que, por el contrario, era amigo de César, avanzó pálido y desfallecido por medio del Forum. La noche anterior habia tenido un sueño; se le habia aparecido la sombra de César, lívido el rostro, cerrados los ojos y el cuerpo toda acribillado de heridas; iba como un amigo, á convidarlo á cenar.

Helvio Cinna, en su sueño, habia rehusado al pronto la invitación; pero la sombra lo habia cogido por la mano, y tirando de él con irresistible fuerza, le habia obligado á bajar de la cama y seguirlo á un lugar lóbrego y frio, cuya impresión habia despertado al

desgraciado. En una época en que todo sueño era un presagio, aquel significaba y presagiaba un fin próximo. Así, pues, Helvio se sintió poseído de una fiebre de espanto que no lo abandonó ni con el día.

Sin embargo, como le dijese aquella mañana se iban á efectuar las exequias de César, se avergonzó de su debilidad y se dirigió al Forum, donde halló al pueblo en las disposiciones que acabamos de expresar.

En cuanto apareció allí preguntó un ciudadano á otro:

—¿Quién es ese hombre tan pálido, que pasa con aire azorado?

—Es Cinna, contestó aquel.

Los que habian oido el nombre repitieron:

—Es Cinna.

Ahora bien; algunos dias antes, un tribuno del pueblo, llamado Cornelio Cinna, habia pronunciado públicamente un discurso contra César, y se le acusaba de haber tomado parte en la conjuración.

El pueblo confundió á Helvio con Cornelio.

De ahí resultó que Helvio fué recibido con el sordo rumor que precede á la tempestad; quiso retirarse, pero ya era tarde. El terror que cubria su semblante, y que el pueblo tomaba por remordimientos, cuando solo era el recuerdo del sueño de la víspera, contribuyó á perderlo.

La causa de los conjurados estaba perdida; César muerto triunfaba de sus asesinos, como César vivo había triunfado de sus enemigos. No solo Roma sino el universo entero lloraba á César. Los extranjeros se habían vestido de luto y habían dado vueltas al rededor de la hoguera, manifestando cada uno su aflicción á usanza de su país.—Los judíos habían pasado varias noches en vela al lado de las cenizas.—Sin duda estos últimos veían ya en él el Mesías tan anunciado.

Los conjurados habían creído que con veintitres puñaladas se mataba á un hombre; vieron en efecto que nada era mas fácil que matar el cuerpo; pero el alma de César sobrevivía y se cernía sobre Roma. Jamás había estado César mas vivo que desde

#### XLV

que Bruto y Casio lo habían tendido en la tumba. Había dejado tras sí sus despojos: dichos despojos eran la sangrienta y desgarrada túnica que Antonio había sacudido por encima de su cadáver y arrojado despues á la hoguera; las llamas la habían consumido, y el espectro de César, el mismo que Bruto vió por primera vez en Abydos y mas tarde en Filipos, apareció inmaculado á los ojos del mundo.

Caton no había sido mas que el hombre de la ley.

César había sido el hombre de la humanidad.

Ademas César,—abordemos la cuestion del cristianismo, esto es, la del porvenir,—había sido un instrumento de la Providencia.

En otro lugar hemos dicho que en el espacio de treinta siglos, á distancia de novecientos años uno de otro, han aparecido tres hombres, que, no teniendo quizá mas que una sola alma, han sido, sin tener la menor sospecha de su misión, meros instrumentos de la Providencia. Nos referimos á César, Carlomagno y Napoleon. César, pagano, preparó el cristianismo; Carlomagno, bárbaro, preparó la civilización; Napoleon, déspota, preparó la libertad.

Bossuet lo ha dicho antes que nosotros refiriéndose á César. Véase su *Historia Universal*.

“El comercio de tantos pueblos diversos, dice, antes estraños unos á otros, y reunidos bajo la domi-

nacion romana, fué uno de los medios de que se valió la Providencia para dar curso al Evangelio.”

En efecto, César, que muriendo á la edad de cincuenta y cinco años no podia prever el nacimiento del Niño Divino cuarenta y cuatro años despues, dejaba la tierra precisamente en la época en que la Providencia iba á hacerse visible al mundo. Todas las heridas de la humanidad, que él, cariñoso pero inexperto médico, habia tocado con los dedos, una mano las iba á cicatrizar.

¿Qué lloraba, pues, el mundo en él? Una esperanza.

En efecto, el mundo entero esperaba.

¿Y qué esperaba?

Difícil le hubiera sido precisar el objeto de su espera.

Esperaba un libertador.

César, que no era ese libertador, fué por un instante,—objeto de un dulce error,—saludado como tal. Su dulzura, su clemencia y su misericordia parecian haberlo designado al amor de los pueblos como el Mesías universal.

Y es que cuando se acerca la hora de las grandes revoluciones sociales los pueblos tienen el presentimiento de ellas; la tierra, esa madre comun, se estremece hasta el fondo de sus entrañas. Los horizon-

tes se iluminan y se doran como para la salida del sol, y volviéndose hácia el punto mas brillante y mas radiante, los hombres esperan ansiosos la aparicion.

Roma esperaba aquel hombre, ó, mas bien, aquel Dios prometido al universo, aquel Dios que preparaba César con el ensanche de la ciudad romana; con el derecho de ciudadanía dado á porcion de pueblos y hasta á regiones enteras; con aquellas vastas guerras que llevó por la superficie del globo; con aquellas poblaciones armadas que trasportó del Norte al Mediodía y de Oriente á Occidente. La guerra, que parece separar los pueblos,—y los separa, en efecto, cuando es impía,—los acerca cuando es providencial. Entonces todo se convierte en un medio, guerra extranjera y guerra civil. Ved si no lo que sucede despues de los quince años de lucha de César: las Galias, la Germania, la Grecia, el Asia, el Africa y la España son italianas; Lutecia, Alejandría, Cartago, Aténas y Jerusalem, ciudades por nacer, ciudades ya nacidas y ciudades próximas á morir, todo depende de Roma: Roma, la ciudad eterna, que llegará á ser la capital de los Papas cuando ya no lo sea de los Césares.

Ahora bien; segun hemos dicho, Roma, lo mismo que el resto del universo, esperaba á aquel hombre, ó, mas bien, á aquel Dios predicho por Daniel y

anunciado por Virgilio, á aquel Dios á quien de antemano se había alzado un altar bajo la advocación del Dios desconocido: DEO IGNOTO.

Pero, ¿quién será ese Dios? ¿De quién nacerá.

La antigua tradición del mundo es la misma donde quiera.

El género humano, caído por una mujer, será rescatado por el Hijo de una Virgen.

En el Tibet y en el Japon, el dios Fo, encargado de la salvación del universo, escogerá su cuna en el seno de una joven y blanca virgen. En china, una virgen fecundada por una flor, dará á luz un hijo que será rey del mundo. En los bosques de la Bretaña y de la Germania, donde se había refugiado su nacionalidad espirante, los druidas esperaban un salvador nacido de una virgen.

En fin, las Escrituras anunciaban que un Mesías se encarnaría en las entrañas de una Virgen, y que esa Virgen sería pura como el rocío de la aurora.

Cuarenta y cuatro años mas y ese Mesías iba á nacer.

Se necesitaba la unidad romana para preparar la unidad cristiana.

Pero la unidad romana era enteramente exterior y material; es verdad que solo escluí á los esclavos y á los bárbaros, pero los escluí.

En la unidad cristiana no debía haber esclusión alguna, pues era la unidad de los corazones y de la inteligencia; en la unidad cristiana no debía haber "ni gentiles, ni judíos, ni esclavos, ni hombres libres, ni escitas, ni bárbaros, sino todos, y el Cristo con todos."

Esa unidad era la sola cosa que se había escapado al genio de César; sin embargo, parece que tuvo el presentimiento de ello.

Hé ahí por qué hemos dicho que César era un precursor.

Cien años mas tarde hubiera sido un apóstol.

Y ahora comprendemos perfectamente, que para los que han visto á César por el solo prisma de la carne, César no haya sido mas que un tirano. Comprendemos tambien, que en el colegio, en ese país de los horizontes limitados y restringidos, se haga de Caton un mártir y de Bruto y Casio héroes. Comprendemos igualmente que los historiadores que han copiado á Plutarco, Suetonio, Tácito, Apiano y Dion, solo hayan visto en esos historiadores lo que en ellos se halla, esto es, el hecho consumado. Esos hombres que nos lo han trasmitido, escribían en las tinieblas; no podían decir á sus contemporáneos sino lo que sabían, trasmitir á las generaciones futuras lo que habían visto.

Pero, segun nosotros, el hombre que hoy no viera en los hechos consumados de ese gran período genesiasco mas que lo que han visto los autores paganos, y no hiciera mas que traducirlos copiándolos, ó copiarlos traduciéndolos, ese no escribiria ya, como ellos, en la oscuridad; ese seria un ciego.

... que la unidad era la sola cosa que sostenía esta-  
do al genio de César sin embargo, parece que tuvo  
el pensamiento de ella.

He ahí por qué hemos dicho que César era un  
progenitor.

Con años mas tarde hubiera sido un abuelo.

Y ahora comprendiendo perfectamente que para  
los que han visto a César por el solo hecho de la

parte. César no haya sido mas que un gran Com-  
prendemos también, que en el coloso, en ese país de

las horizontes limitadas y restringidas se para de  
con un mundo y de hecho y caso fieros. Con-

prendemos igualmente que los historiadores que han  
copiado a Plutarco, Eusebio, Tácito, Apiano y Dion.

solo hayan visto en esos historiadores lo que en ellos  
es de ella, esto es, el hecho consumado. Esas palabras

que hoy lo han transmitido, escritas en las tinieblas  
no podían decir a sus contemporáneos sino lo que se

deja trasmitir a las generaciones futuras lo que ha-  
bia visto.

FIN.

...

...

...

...

...

...

